

## El chico que se creía hombre

No pegué ojo aquella noche. La celda no era de lo más acogedora y mi compañero me inquietaba bastante. Los chillidos y los ruidos de los otros presos tampoco me ayudaron a conciliar el sueño. Aquel día había sido agotador. Lleno de interrogatorios y preguntas tan estúpidas que ni las sabía responder.

—¿Sabe por qué está aquí? —me encogí de hombros— Se le acusa de haber agredido a un policía durante la revuelta en Washington contra la guerra de Vietnam —no dije nada. Tenemos a otros amigos suyos retenidos, de esos que llevan el pelo largo y van con ropa estrafalaria. Dígame, ¿y los hombres?

—¿A qué se refiere? —consiguí llamar mi atención.

—¿Siente algún tipo de atracción sexual hacia ellos?

—¿Quiere decir si soy homosexual o algo así? —solté una carcajada— Desde luego, no echaría apatadas a Jim Morrison de mi cama, pero, no. No soy gay.

—Entonces, ¿por qué no dejó de gritar mientras le cortaban el pelo?

Antes de contestar le miré con indignación y resentimiento.

—Mi cabello era mi seña de identidad —hice una pausa reflexiva— ¿Sabe lo gracioso? Una de las figuras más influyentes de toda la historia llevaba el pelo largo y nadie lo acusó de ser homosexual ni le pidieron explicaciones. ¿Sabe a quién me refiero? Al propietario de la cruz que lleva colgada, cariño.

Al policía le sorprendió mi argumento y solo pudo responder a eso como un animal, lo que era. Me cogió bruscamente del brazo y me llevó otra vez al calabozo. Esta vez mi compañero de celda no estaba. No volví a ver a nadie más hasta el día del juicio. En cierto modo, añoré la compañía del hombre que me asustaba. Añoré la compañía de cualquier persona y también la de un canuto, que me hubiera ayudado a dormir mejor.

—¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

—Lo juro.

—William Levinson Cobain, póngase en pie.

Odiaba que me llamaran así. Todos mis amigos me llamaban por el apellido. Sólo mi madre, a la que hacía más de siete años que no veía, me llamaba William.

Durante todo el acto estuve medio ausente. Supongo que fumar tanta maría me había afectado al cerebro. Bueno, ¡eso seguro! Lo que pasa es que no podía concentrarme con la voz tan peculiar del fiscal. Me lo imaginaba como la estrella de un gran cabaret. Con sus medias y todo. También veía muchos colores y estampados. Y juraría haber visto a John Lennon entre el público guiándome con su signo de paz. Lo que no vi venir fue lo siguiente.

---

Y allí estaba. Mi perfecto error. Mi chico.

Supongo que de algún modo sabía que acabaríamos así. Desde que se fue de casa y se unió a los *hippies* no volvimos a hablar. Pero, aun así, por todas las veces que me había hecho sufrir, aquí estaba. Defendiéndolo otra vez. No os engañéis, lo haría sin pensarlo siquiera, porque me tiene engatusada. Sé que él se ve como un hombre, pero en situaciones como estas, lo vuelvo a ver como el niño de ocho años que jugaba en la calle con sus amigos.

—Señora Cobain, pase al estrado. ¿Jura usted decir la verdad?

—Lo juro —mentí.

—Conoce usted al acusado o tiene alguna relación de parentesco?

—Soy su madre.

—Con la venia, señoría...

Durante todo el interrogatorio estuve distraída. No podía dejar de mirarlo. Tuve muchos sentimientos encontrados. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para que saliera impune de la sentencia.

—Señora Cobain, responda a las preguntas del Ministerio Fiscal.

—Con la venia. Antes de que el acusado se fuera de casa, ¿participó en alguna clase de reunión o asamblea clandestina?

Una avalancha de imágenes y recuerdos me pasaron por la cabeza, pero mi respuesta fue alta y clara.

—No.

—¿Su hijo era miembro de algún grupo rebelde?

—No.

—¿Cómo explica entonces que su hijo estuviera en la revuelta aquel día?

—Mi hijo iba de camino a mi casa. Le llamé para que me ayudara a mover el antiguo armario de la cocina —se oían murmullos. Por el camino se encontró una gran avalancha de revolucionarios. Un policía lo confundió con uno de ellos y se puso violento. Mi hijo solo se defendió.

—Está bien. Ahora, señora Cobain, responda a las preguntas del Señor Letrado.

—Con la venia. ¿Cómo era William cuando vivía con usted? ¿Presentaba características revolucionarias?

La primera pregunta me dejó descolocada. Que cómo era Willie cuando vivía conmigo. Hacía tanto tiempo de eso que ni siquiera lo recordaba como algo mío.

—Mi hijo siempre ha sido un chico respetuoso, educado y cristiano.

—Eso ya lo dejó claro - dijo una voz cuchicheando.

—Mire, señoría, no le voy a engañar. A veces discutimos y me vuelve loca —lo miré otra vez—, pero es mi niño. Es mi bendición y mi maldición. Me necesita, me llena por dentro y luego me desgarrar, pero como todos los chicos. Los niños siempre crecen y se van pero, créame señoría, cambiaría mi futuro por tenerlo hoy conmigo —y con alguna que otra lagrimilla en los ojos finalicé—. Y sé que no es culpable, porque una madre lo sabe todo y a mí no se me engaña fácilmente.

Si hubiese tenido un micrófono lo hubiera dejado caer como Judy Garland en *The Ed Sullivan Show* pero no fue la ocasión.

---

Después de muchas deliberaciones y muchos “con la venia”, el juez ya tenía su veredicto.

—En pie el acusado. William Levinson Cobain, le declaro inocente de los cargos de desorden público y agresión a un agente de policía.

No puede evitar sonreír. Me giré y vi a mi madre eufórica. Me dirigí hacia ella. Antes de que pensara en qué decirle, ella se abalanzó hacia mí y me dio un buen abrazo. No nos dijimos nada. Me invitó a casa y tomamos chocolate caliente. Luego estuvimos charlandode cómo habían sido los últimos años.

—Madre...

—Shhh... No tienes que decirme nada.

—He sido tan tonto. Perdona por todas las estupideces que he hecho. Siento haberme convertido en un extraño. Eres tan hermosa y nunca me había dado cuenta —sonrió.

—Daría mi vida por verte sonreír. Por un momento pensé que te había perdido... Pero esto es un nuevo inicio —me cogió de las manos. Y no me vuelvas a meter en estos líos.

—Ya sabes cómo soy, madre. Busco la paz mundial y no cambiaré —asintió un poco decepcionada.

—Está bien... lo entiendo. ¿Quieres quedarte hoy a dormir?

La miré, le sonreí y me fui para volver con mis amigos a vagabundear por las calles de Nueva York, mi hogar.

---

Me enteré a la mañana siguiente.

En el periódico *The Times* salía en portada la muerte de un chico de 27 años por una pelea callejera en Central Park.

Todo el mundo conoce la gravedad del asunto pero nadie puede llegar a imaginar el dolor de la madre de ese niño que creía ser un hombre. Mi pequeño ingenuo.

Me quedé devastada. Tan poco lo tuve a mi lado. Me pregunto qué habría hecho si hubiese tenido más tiempo.

Tiempo. ¿Qué es el tiempo cuando se detiene?

Las siguientes mañanas fueron frías y vacías. Me las pasé recordando aquella chispa que se movió en mí. Él me enseñó a luchar. Tras días de reflexión y apatía, pensé que no le hubiese gustado verme así. Decidí que era hora de levantarme, ponerme guapa y hacerle frente al nuevo mañana.

Fui hasta el rincón donde se juntaba con sus amigos. Me reuní con todos ellos y

lloramos su muerte juntos.

A la mañana siguiente mandé que llevaran su cuerpo al campo del olivo para enterrarlo. Todos nos cogimos de las manos y cantamos *Let the Sunshine In*.

Aún recuerdo como si fuera ayer aquellos versos:

*Somewhere*

*Inside something there is a rush of greatness*

*Who knows what stands in front of our lives*

*I fashion my future on films in space*

*Silence tells me secretly*

*Everything*

*Let the sunshine*

*Let the sunshine in*

*The sun shine in...*